

---

Iván Jablonka, 2015.

*Historia de los abuelos que no tuve.*

Buenos Aires: Ediciones del Zorzal. 412 p.

1

Una biografía sólo tiene valor si da lugar a la comparación entre individuos: el estudio de la nieve humana debe revelar la potencia de arrastre de la avalancha y, a la vez, la irreductible delicadeza del copo. (Jablonka 2015, p. 156).

¿Qué nos ofrece este libro? Una historia europea del siglo xx y una biografía de los abuelos del autor, Mates e Idesa que conforman una excelente síntesis narrativa de historia, memoria y postmemoria. Comentaré brevemente el marco temporal y el contexto donde transcurrió la vida de estos abuelos que son presentados en Parzew, una pequeña aldea judía polaca, de donde son oriundos. Allí comienza el libro y parece comenzar la investigación. La historia avanza describiendo y analizando la relación entre el judaísmo y el comunismo, la persecución de ambos, el antisemitismo de entreguerras. Profundiza el análisis de las políticas antisemitas y antiextranjeras en Francia y en Europa que precedieron a Hitler. Finaliza describiendo con mucho detalle la captura y deportación de ellos a Auschwitz. El Holocausto (*Shoá*) produjo el exterminio de seis millones de judíos. En el libro encontramos una trama particular de quienes fueron deportados a los campos de concentración y de dos de los miles de niños que perdieron a sus padres. Un copo de nieve inmortalizado en un libro.

Esta investigación trasciende la trayectoria académica y profesional de Iván Ja-

blonka, trayectoria totalmente empleada en pos de un deseo íntimo de conocer a sus abuelos –y de que otros los conozcamos–, en tanto héroes y víctimas del modernismo reaccionario que envolvió a Europa hasta mediados del siglo xx.

Es posible pensar este libro como un entramado de hilos, en donde cada uno es un eje conceptual, histórico, metodológico o un aspecto de la biografía familiar. Uno de estos hilos recupera la forma en que va nombrando, en idish, ruso, alemán, qué fueron sus abuelos. En Polonia, Mates fue *rimer*, talabartero, un *mamzer*, tipo listo, *technik*, alto directivo de las Juventudes comunistas KZMP como su esposa Idesa. En 1937 dejaron Polonia y peregrinaron hasta lograr ingresar en Francia. Desde ese momento sus saberes profesionales y su militancia se subsumieron bajo la identidad de *ostjuden*, sin residencia ni permiso de trabajo. Mates fue miliciano en la Legión Extranjera y en 1940 volvió a ser un simple judío todavía sin residencia legal.

Desde mediados de 1942, todos los judíos mayores de seis años debieron llevar una estrella amarilla. Mates e Idesa no la llevaban, hipotetiza el autor. El 25 de febrero de 1943 fueron arrestados en su departamento de París y trasladados a un campo de preparación antes de ser enviados a Auschwitz. Jablonka plantea una pregunta dirigida directamente a los lectores: “¿a partir de qué nivel de peligro

alguien elige no llevar a sus hijos consigo hacia un destino desconocido?”. Esta dura pregunta es acompañada de dos postales de despedida que escriben Mates e Ide-sa, los últimos testimonios de sus vidas. Los encargados de los traslados, antes de la última parte del viaje les permitían escribir postales. La identificación final es la más cruda, cargada de interpretaciones e hipótesis del autor sobre la base de testimonios, análisis y cruce de datos, como edades de los destinados a trabajos forzados en el campo. Mates podría haber sido “muerte muertos” en el *Sonderkommando*, grupo encargado de retirar los cuerpos de la cámara de gas y llevarlos al crematorio. Cada detalle es estremecedor.

Otro hilo narrativo se despliega desde el presente. El autor menciona la forma en que transita la investigación, cómo fue interesando a su padre y sus reencuentros con los recuerdos. Relata diálogos con personas que colaboran en sus viajes y en sus estadías en ciudades o archivos. Estos puentes narrativos al presente descomprimen el opaco relato de la vida de los abuelos. Aparecen gestos, tazas de té, comidas y otras emociones de tintes más coloridos. Retoman también las propias emociones del autor que acompaña de licencias para describir acciones heroicas de sus abuelos.

Iván Jablonka no vivió el trauma del Holocausto, lo conoce por los relatos de su padre. ¿De qué forma las segundas generaciones de descendientes de experiencias traumáticas, guardianes de la memoria, recuperan y recrean la memoria de la primera generación? Es posible analizar este trabajo retomando las teorizaciones sobre postmemoria que propo-

nen Marianne Hirsch y Julia Creet. El prefijo “post” supone algo más que la mera transmisión. Esta recreación de la memoria está cargada de imaginación y proyección. Respiramos y leemos postmemoria en el trabajo de Jablonka.

“Memoria, familia y fotografía” son los elementos que para Hirsch constituyen la estructura de la postmemoria transgeneracional. Memoria como relato y como puente entre lo individual y lo colectivo. Particularmente, las postmemorias se componen utilizando “tropos”, sustituciones retóricas discursivas que permiten ir llenando vacíos y completan estos relatos singulares, diferentes a los relatos de memoria. La postmemoria “se esfuerza por volver a personificar distanciándose de la estructura memorial social / nacional y archivística / cultural, revistiéndola con formas resonantes familiares o individuales de mediación y expresiones estéticas.”

La memoria de la primera generación de víctimas del Holocausto está llegando a su fin, plantea Julia Creet. La avanzada edad de los sobrevivientes alimentó la imperiosidad de preservar sus memorias. El vínculo y la transmisión familiar es un aspecto determinante de la postmemoria. Creet, desde su propia historia individual analiza los procesos en los que no se produce la transmisión, en los que hay ocultamiento y silencios que en algún momento salen a la luz e inician un proceso creativo de “revinculación con los fantasmas de la herencia memorial”.

La *Historia de los abuelos que no tuvo* desde su título se planta fuertemente en el debate entre memoria e historia. Jablonka resuelve y sintetiza en su obra todo lo que desde el ámbito científico

puede exigirse a la historia, a la memoria y a su propio relato familiar. Parte de recuerdos fragmentados de su padre y de allegados que transitaron una historia de vida muy similar.

Nos encontramos con un relato de postmemoria inter e intra generacional. Los vínculos entre individuos de una misma generación, amigos y colegas con familiares judíos que fueron perseguidos y asesinados en campos de concentración nazis, le permiten formular preguntas, completar vacíos, compartir emociones, desindividualizar la historia familiar. Esta obsesión por llenar los silencios es lo que para Creet acerca la postmemoria a la historia y que a su vez vuelve a la segunda una disciplina supletoria de la primera.

A los recuerdos fragmentados de su padre, Jablonka irá sumando los relatos de sus familiares directos que viven en Francia, Argentina, Rusia, Israel. Cada uno de los aportes familiares (testimonios, fotografías, objetos, cartas, postales, documentos) es tan íntimo como irrefutable. Esta intimidad se completa con una profunda y exhaustiva búsqueda de información, una impecable investigación histórica guiada por las preguntas que fueron quedando abiertas en el relato familiar. Para responderlas rastrea archivos de diferentes ciudades y países, analiza censos de población, busca testigos, toma descripciones de relatos contemporáneos, obras literarias, publicaciones de sobrevivientes.

Podemos representar esta investigación y la forma en que la incorpora al relato como una forma particular de los tropos propios de la postmemoria que propone Hirsch, tropos fuertemente ligados

a la erudición que se integran alimentando la imaginación del autor sobre la vida de sus abuelos. Cada uno de los fragmentos testimoniales que utiliza es cuidadosamente seleccionado por el historiador - nieto, historias de las cuales puede tomar algunos datos específicos de sus abuelos y mucha más información que le permite completar el relato con lo que denomina "hipótesis". Jablonka engloba cuidadosamente como hipótesis toda aquella información que no encuentra desde las formas de hacer historia que exigen validación y pruebas directamente vinculadas a sus abuelos.

En el libro menciona también las búsquedas fallidas en las que no obtiene datos de sus abuelos, pero que le permiten incorporar a esta historia una multiplicidad de personas con problemáticas y vivencias similares. Biografías fragmentadas de personas que, imagino, más de un familiar puede encontrar en este libro.

El Jablonka historiador cuida mucho que la reconstrucción sea verosímil. Nos dice, y podemos acordar con él, que todos los judíos de la Polonia de entreguerras simpatizaron y fueron militantes comunistas ateos, que aunque se enfrentaban con otros sionistas defensores del judaísmo, todos querían lo mejor para su pueblo, que coincidieron en la lucha contra el antisemitismo.

La historia de los abuelos confirma la interpretación que encontramos en el trabajo de Feierstein,<sup>1</sup> quien plantea que el genocidio fue una práctica social que

1 Daniel Feierstein, 2007. *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires: FCE.

antecede a la etapa del exterminio en los campos de concentración nazi y que no se cierra finalizada la guerra. Esta confirmación conjuga el relato mínimo de lo que les fue pasando a medida que fueron acorralados, sus penurias y dificultades.

¿Denuncia o mandato científico de verdad? Posiblemente, muchos de los lectores franceses que hicieron de este libro un bestseller se encontraron con una lectura compleja de la Francia y la Europa de la primera mitad del siglo xx. Un estado francés hostigador que perseguía con leyes y con fuerzas policiales a todos los extranjeros y especialmente a los judíos que llegaban buscando refugio. Una Francia plagada de discursos de políticos que promovían el antisemitismo.

Esta descripción minuciosa de la sociedad francesa permite una aproximación diferente de la historia. No se trata de estadísticas anónimas, sino de personas con una vida cotidiana que convivieron, fueron observadores, sufrieron, se las rebuscaron para sobrevivir, fueron cómplices, o “justos” que ayudaron a salvar a los perseguidos. Personas del presente en las que muchos lectores pueden verse reflejados o ver en los personajes de esta historia a otros conocidos.

En este punto, considero que sería interesante incluir esta mirada para trabajar el impacto de las experiencias traumáticas en toda la población, no sólo en las víctimas directas, como forma no de suavizar o fragmentar las consecuencias,

sino de profundizar el estudio del involucramiento de toda la sociedad.

El trabajo de Jablonka nos habilita a avanzar en este sentido, al ir describiendo las diferentes formas en que la guerra y las políticas antisemitas fueron involucrando y afectando a la toda la población francesa no judía. Jablonka encuentra cómplices, indiferentes entre los funcionarios estatales, vecinos molestos que denunciaban a los judíos que se escondían. Pero también describe, por suerte, a personas que colaboraron ayudando con comida, trabajo o refugio a los judíos perseguidos y a sus hijos.

¿Será como sugiere Creet que la postmemoria es capaz de resolver los cruces entre historia y memoria? ¿Es suficiente con tener memoria, documentales, películas de ficción, memoriales y museos, con mantener vivo el deber de memoria? ¿Hubo figuras similares a “los justos” franceses en Argentina? ¿Por qué es poco conocido este tipo de acciones?

En la Argentina, en el año 2016 resuenan en la opinión pública voces que proponen que hubo menos de 10.000 desaparecidos, poniendo en tela de juicio el número emblemático de 30.000. El número reduce el impacto del terrorismo de Estado. Estas expresiones confirman la necesidad de potenciar un trabajo diferente sobre la memoria. Tenemos muchos tropos, muchos silencios para construir postmemorias.

*Paula Linietsky*

Universidad Nacional de Avellaneda